

triste como las artes. El Renacimiento — jamás se vio en un momento de exacto — a rejuvenecer, renunciar y salvar la moribunda Edad Media. Desde que habia cesado la guerra, el hombre se entregaba a sus inventos y sus pasiones durante siglos de heróico heroísmo y de otras industrias. En el siglo XV, el hombre se entregaba a sus pasiones y sus inventos. En el siglo XV, el hombre se entregaba a sus pasiones y sus inventos. En el siglo XV, el hombre se entregaba a sus pasiones y sus inventos.

En el siglo XV, el hombre se entregaba a sus pasiones y sus inventos. En el siglo XV, el hombre se entregaba a sus pasiones y sus inventos. En el siglo XV, el hombre se entregaba a sus pasiones y sus inventos.

El Renacimiento de los grandes generos literarios ha caido, pero todo se pasa y se marcha. Ya no hay oporuna: el teatro se ha convertido en un entretenimiento. Ya no hay teatro y todo el mundo se entrega a sus pasiones y sus inventos. En el siglo XV, el hombre se entregaba a sus pasiones y sus inventos. En el siglo XV, el hombre se entregaba a sus pasiones y sus inventos. En el siglo XV, el hombre se entregaba a sus pasiones y sus inventos.

casos ligados por las leyes de las artes y de las ciencias. En el siglo XV, el hombre se entregaba a sus pasiones y sus inventos. En el siglo XV, el hombre se entregaba a sus pasiones y sus inventos. En el siglo XV, el hombre se entregaba a sus pasiones y sus inventos.

SEGUNDA PARTE

SIGLO XVI

CAPÍTULO I

EL RENACIMIENTO

Origenes del Renacimiento. — Los Sabios de Oriente en Italia. — El Último Renacimiento francés. — La Imprenta y los descubrimientos. — El Papel de Francisco I. — Rey galante, valiente y literato. — Las Bellas Artes. — Los Castillos de Francia. — La Religión de la Belleza. — El Paganismo y la Reforma. — Dos bancarrotas: la de la Edad Media y la del Renacimiento. — El despertar del Norte.

El año de 400 después de J. C., invadió el Occidente Alarico, jefe de los visigodos. Era ésta la señal de las invasiones bárbaras. Hostigados por el número, Godos, Visigodos, Alanos, Burgundios, Francos, Hunos, Vándalos, Suevos, etc, se precipitaron como una tromba sobre Europa aterrada. Las hordas, con sus pesados carros, hicieron temblar el suelo bajo el galope de los caballos, y la gente huía ante ellas. Vióse á los pacíficos habitantes de los claustros y monasterios amontonar en vehi-

SINCRONISMO. — Luis XII, 1498-1515. — GUERRA DEL MILANESADO. — 1498, Holbein y Maquiavelo. — 1499, Muerte de Marcelo Ficino. — 1500, Nacimiento de Benvenuto Cellini. Clemencia Isaura. — 1502, Vasco de Gama, Sannazaro (*Arcadia*). — 1503, César Borgia. Julio II, papa. — 1504, Tratado de Blois. — 1506, Bramante empieza la iglesia de San Pedro en Roma. — 1507, Copérnico descubre su sistema. — 1508, Liga de Cambrai. Rafael en Roma. — 1509, Batalla de Agnadel. Enrique VIII rey de Inglaterra. Erasmo. Nacimiento de Calvino. — 1510, Nacimiento de Pedro Lescot, de Bernardo de Palissy y de Ambrosio Paré. — 1512, Desgracia de Maquiavelo. — 1513, Gastón de Foix en Ravena. León X, papa.

FRANCISCO I, 1515-1547. — Los VALOIS. — 1515, Ariosto: *Orlando Furioso*. Victoria de Marignán. — 1516, Holbein en Basilea. — 1517, Concordato de Bolonia. — 1518, El *Príncipe* de Maquiavelo. — 1519, Carlos Quinto, Emperador. Muerte de Leonardo de Vinci. — 1520, Lutero excomulgado. El Campo del Paño de Oro. Muerte de Rafael. — 1521, Lutero en Worms. Melancton: *Loci Theologici*. — 1522, Los Turcos en Rodas. Magallanes da la vuelta al mundo. — 1523, Traición de Borbón. Gustavo Wasa. — 1524, Muerte de Bayardo. Nacimiento de Camoens y de Palestrina. — 1525, Batalla de Pavía. — 1526, El Primaticio empieza el castillo de Chambord. —

culos tirados por bueyes los tesoros de sus abadías y de sus bibliotecas, los pergaminos raros, los manuscritos, los palimpsestos, todas las riquezas de la literatura antigua, conservadas en los conventos de Italia, en recuerdo de los brillantes períodos literarios representados por el siglo de Augusto y el de los Césares. Refugiáronse los monjes con sus preciosos depósitos en Oriente, en Constantinopla, en el Monte Athos, y allí permanecieron mil años, ellos y sus sucesores.

¿Por qué y cómo volvieron? ¿Cómo aquellos manuscritos griegos que habían emigrado de Italia á Bizancio, tornaron de Bizancio á Italia?

La vuelta obedeció á las mismas causas que la partida. En esta sazón fué también una invasión bárbara, la invasión de los turcos con la toma de Constantinopla en 1453. Hacía un siglo que los turcos amenazaban. Amurates I había causado espanto á Juan Paleólogo; Bayaceto I había dispuesto del Imperio de Oriente, que salvó Tamerlán sin quererlo; á no ser por el heroísmo de Juan Hunyade Corvino y de Castriola, se hubiera precipitado el desenlace; pero al fin se produjo, y Mahomet II venció á Constantino XII.

Entonces se verificó, en sentido inverso, el éxodo que Commynes definió netamente cuando dijo, hablando del Renacimiento:

Este establecimiento no se hubiera adelantado si Constantinopla no hubiera sido tomada y saqueada por Mahomet II; porque fué entonces cuando Láscaris, Crisoloras, Calcondilo, Besarión, Trapezuncio, Argirópulo, Marulo, en una palabra, todos los hombres doctos de Grecia, procurando ponerse en salvo al lado de los príncipes de Europa, trajeron consigo todos los autores antiguos, sin los cuales no se podía ir ya más adelante.

1527, Los Médicis arrojados de Florencia. — 1528, Los franceses en Nápoles. Muerte de Alberto Durer. — 1529, Dieta de Spira. — 1530, Conferencia de Augsburgo. El Rosso llega á Francia. Fundación del Colegio de Francia. — 1532, Bretaña se une á Francia. — 1533, *El Juicio final* de Miguel Ángel. *Pantagruel*. — 1534, Muerte del Corregio. — 1535, Alianza de Francisco I con los Turcos. — 1536, *Institución Cristiana* de Calvino. — 1537, Cosme de Médicis. — 1538, Calvino es desterrado de Ginebra. — 1539, Ordenanza de Villers-Cotterets: el francés en los tribunales. — 1541, Muerte de Pizarro en el Perú. Benvenuto Cellini llega á Francia. Pedro Lescot comienza el Luvre. — 1543, Vesalio. — 1544, Victoria de Cerisola. Tratado de Crépy. Nacimiento del Taso. — 1545, Concilio de Trento. — 1546, Muerte de Lutero y de Julio Romano. Esteban Dolet.

ENRIQUE II, 1547-1559. — 1548, María Estuardo en Francia. Dieta de Augsburgo. Ignacio de Loyola. — 1550, Almanaque de Nostradamus. — 1552, Ambrosio Paré, cirujano del rey. — 1553, Sitio de Metz. María Tudor. Es quemado Miguel Servet. — 1555, Pablo IV, papa. Palissy descubre el esmalte. — 1556, Felipe II. — 1558, Isabel de Inglaterra. Toma de Calais por Guisa. El *Heptamerón* de Margarita de Valois. Francisco II (1559-1560), hijo del precedente. Influencia de Catalina de Médicis, su madre. Se casa con María Estuardo de Escocia. — 1559, Tratado de Cateau-Cambresis. Los Guisas. Muerte de Pablo IV. — 1560, Conjuración de Amboise.

CARLOS IX, 1560-1574. — 1561, Coloquio de Poissy. — 1562, Vassy. Guerras de religión. Nacimiento de Lope de Vega y de Santa Teresa. — 1564, Nacimiento de Shakespeare y de Galileo. Muerte de Miguel Ángel y de Calvino. — 1567, Asamblea

Estos sabios griegos hicieron mucho por la conservación y perpetuidad de las obras maestras antiguas. Hay aún en la Biblioteca del Escorial, en la galería de los libros, llena de manuscritos maravillosos, con letras de oro, entre los espesos muros que abrumaron los cargados hombros del severo Felipe II, hay aún manuscritos de Láscaris, sabio de Constantinopla, que salvó sus pergaminos de los turcos, y los llevó á Sicilia. Copió de su mano considerable número de aquellas obras maestras antiguas: Herodoto, Tucídides, Eurípides, Sófocles y Platón, sin contar muchos fragmentos aun inéditos y desconocidos ú olvidados. No fué el único que veló de esta suerte por la conservación de los Antiguos. Miguel Apóstol trajo también gran número de ellos á su retiro de Creta, que entonces pertenecía á Venecia. Y ¡cuántos otros prestaron á las humanidades el mismo servicio! El Oriente se convertía en una reserva rica y amplia.

Constantinopla, decía el papa Pío II, es el asilo de las letras y el templo de la filosofía. Constantinopla conservaba en nuestros días la gran fama de saber que tuvo Atenas en la época del poderío romano.

El efecto producido por esta aparición de los antiguos entre los modernos fué sumamente entusiasta.

¡Cuán superior, dice Michelet, apareció esta gran madre, la noble, serena y heroica Antigüedad, á todo lo que se conocía, cuando se contempló, al cabo de tantos siglos, su faz encantadora y venerable! ¡Oh madre, cuán joven sois, decía el mundo llorando; con qué imponentes atractivos os vemos adornada! Llevasteis al sepulcro el cinturón eternamente rejuvenecedor de la madre de

general del clero. Nacimiento de San Francisco de Sales. — 1568, Cautiverio de María Estuardo. — 1569, Jarnac. — 1570, Paz de San Germán. — 1571, Victoria de Lepanto. Coligny. El Taso. — 1572, La San Bartolomé. *Os Lusíadas* de Camoens. — 1573, Paz de la Rochela.

ENRIQUE III, hermano del precedente, 1574-1589. — 1575, Enrique el Remellado. *La Jerusalén libertada*, del Taso. — 1576, La Liga. Estados de Blois. Muerte del Ticiano. — 1577, Drake da la vuelta al mundo. — 1579, La Unión de Utrecht. Muerte de Camoens. — 1580, *Euphues* de Lily. — 1562, El Calendario Gregoriano. — 1585, Nacimiento de Richelieu. Galileo establece las leyes del péndulo. — 1586, Guerra de los Tres Enriques. — 1587, Batalla de Coutras. Es decapitada María Estuardo. — 1588, Jornada de las Barricadas. El Rey de Paris. Asesinato del duque de Guisa en Blois. Muerte de Pablo el Veronés. — 1589, Asesinato de Enrique III por Jacobo Clemente.

ENRIQUE IV, 1589-1610. — LOS BORBONES. — 1589, Arqués. — 1590, Ivry. Sitio de Paris. Alejandro Farnesio. Muerte de Cujas, Germán Pilón y Cousin. — 1592, Edición de la Vulgata, versión oficial de la Biblia. Nacimiento de Callot y de Gassendi. — 1593, Estados de la Liga. Conversión de Enrique IV. — 1594, Enrique IV entra en Paris. J. Châtel. Expulsión de los Jesuitas. Nacimiento de Poussin. — 1595, Guerra de España. Shakespeare. — 1596, Tratado con Mayenne. — 1597, Sully, Superintendente de Hacienda. — 1598, Paz de Vervins. Edicto de Nantes. Nacimiento de Mansart. — 1599, Nacimiento de Van Dyck. — 1600, Matrimonio de Enrique IV con María de Médicis.

amor y yo, que apenas cuento mil años, me veo encorvado y surcado de arrugas.

Los sabios de Oriente fueron tan bien recibidos, que todos acudieron con apresuramiento que tenía algo de indiscreción.

Se dispersaron, dijo uno de ellos, — Láscaris, — por todas las ciudades de Italia; floreció la lengua griega enseñada no sólo por los griegos sino por los mismos italianos, hasta el punto de que era vergonzoso desconocer nuestra literatura, y de que nuestra lengua se hizo más común en Italia que en la misma Grecia, abrumada por tantas desgracias. A no haberse opuesto á ello la envidia de algunos sabios y la escasa generosidad de algunos príncipes todo hubiera quedado lleno de los monumentos del genio griego como en los días del imperio romano.

Estas últimas palabras pueden maravillar; pero era tal el entusiasmo que parecía que todo era poco; y tal el número de los prosélitos de este Renacimiento, que no hubo sitio para todos; algunos, que esperaban crearse una situación con él, se engañaron en sus cálculos. La oferta se hacía demasiado abundante y las cortes de los príncipes no bastaron á albergar á toda aquella legión de sabios nómadas. Teodoro se retiró á Calabria; Andrónico fué á Inglaterra; Demetrio volvió á Bizancio entre los bárbaros; Argirópulo vivió en Roma en la miseria, y Láscaris decía lleno de desolación:

Ya no existen aquellos grandes ciudadanos de Roma que estimaban por igual las letras griegas y latinas. Ya no existe aquella Nápoles, colonia de Calcis y de Atenas, gimnasio de la elocuencia griega, á donde acudían á instruirse los romanos.

Los sabios se morían de hambre; eran demasiados en número.

Los italianos se arrojaron con avidez sobre aquellos tesoros. Disputábanse á los primeros que llegaron, á los más felices, á Fletón, Crisoloras y Láscaris, que traían de allá doscientos manuscritos. El Poggio y Lorenzo Valla ayudan, mediante el descubrimiento de manuscritos antiguos y el ardor con que los copian y comentan, al movimiento humanista creado por Petrarca. Porque, si Virgilio había guiado á Dante, Petrarca fué un devoto de los antiguos y coleccionó sus manuscritos; Boccaccio estudiaba á Homero en la Academia de Florencia; Marsilio Ficino y sus discípulos resucitaban el platonismo; Barlaam y Leoncio Pilatos reunían auditorios numerosos en torno de sus cátedras de griego.

Las pequeñas cortes de Italia, las de los reyes de Aragón en Nápoles, la de los Sforza en Milán, la de los Médicis en Florencia, y la de los Este en Ferrara, llaman y dan albergue á los sabios, á Bruno d'Arezzo, á Marsilio Ficino, á Pico de la Mirandola y á Angelo Policiano.

Lorenzo de Médicis enviaba á Oriente á sus agentes para recoger manuscritos antiguos.

Fué aquella una locura, una fiebre, un delirio. Un príncipe cedió una provincia por una década de Tito Livio. Hubiérase dicho que se trataba de desdichados sedientos que encontraban una fuente y se precipitaban á ella.

Era aquello un culto, un fervor y una superstición. Se escribía en latín y en griego; los ciceronianos hacían gala de no emplear ninguna palabra que no hubiese usado Cicerón; el cardenal Bembo tenía cuarenta cartapacios y, en cada uno de ellos, permanecía durante algún tiempo cada una de las páginas escritas de su mano, para ser releída, revisada y corregida cuarenta veces.

El movimiento no se redujo á la península, sino que se extendió por los países vecinos.

Á fines del siglo xv eran frecuentes las relaciones con Francia. En tiempos de Carlos VI, su cuñada Valentina de Milán y su mujer Isabel de Baviera, de la familia Visconti, introdujeron en Francia la afición á las cosas italianas, y la sabia Cristina de Pisán hizo caer sobre las letras francesas un rayo luminoso del Renacimiento de Italia. Las guerras llevaron á los ejércitos franceses allende los Alpes, y la nobleza que formaba el cuerpo de oficiales fué seducida por la gracia, la opulencia y el encanto artístico, elegante y amable de aquella sociedad que renacía¹.

El cardenal de Amboise, en tiempo de Luis XII, había quedado maravillado por los esplendores de arte de la Lombardía, por las obras admirables de un Bramante y de un Leonardo de Vinci, y había preparado el brillante período de desarrollo estético que se encarnó en su jefe y rey Francisco I. Italia conquistada, conquistó á su vez á Francia, á ejemplo de su madre la Grecia, *Græcia capta ferunt...*

Según ya hemos hecho constar, nunca faltó el conocimiento de la antigüedad en la Edad Media que había tenido también sus entusiasmos por los antiguos, hasta tal punto que sería más justo decir: no ha habido un Renacimiento, sino una serie de pequeños Renamientos antes del grande. Únicamente le faltaba á los sabios de la Edad Media, primero poseer un número bastante grande de textos, y segundo, haber comprendido y sentido los que poseían (noventa y seis, según dicen), cosa que no lograron por falta de crítica, de ciencia histórica, de sentido artístico, conforme con la tradición griega y en fin, por falta de conocimientos filológicos establecidos sobre bases bastantes amplias.

1. Por este tiempo eran ya bastante estrechos los lazos intelectuales entre Italia y España. Á este propósito dice Menéndez Pelayo en su citada *Antología* (tomo V, p. 11): «Fueron no pocos los poetas y prosistas castellanos del siglo xv que en Italia recibieron su educación en todo ó en parte: Juan de Mena, Juan de Lucena y Alfonso de Palencia descuellan sobre todo.» (N. del T.)

La Edad Media se representaba el mundo, en el tiempo y en el espacio, como hecho á su imagen. Tuvo acerca de todo una concepción estrecha, exclusiva y egoísta. No pudo sorprender y penetrar el espíritu antiguo, y Eneas se presenta armado de caballero. El don de salir de su época y de trasladarse en medio de una civilización extraña, para comprenderla aproximadamente, es relativamente moderno. Aun hoy mismo son tan personales nuestras ideas acerca de los antiguos, que no hay una sola antigüedad, sino tantas como generaciones; cada una satura y altera, con el aporte de sus propias impresiones, la realidad histórica, que sigue siendo imposible de sorprender.

El Renacimiento italiano prodigó todos sus recursos.

Gregorio de Nápoles, á partir de 1458, vino á París á enseñar griego á pesar de la hostilidad de la Sorbona y del clero, que consideraron en adelante el estudio del griego y el hebreo como heréticos, por la facilidad que había de darles este conocimiento para hacer de los textos sagrados traducciones distintas de la Vulgata.

Reuchlín aprendió en París el griego con Hermónimo, y se lo enseñó á Melancton.

La misma fiebre que en Italia, se apoderó de los estudiantes de Francia.

Un discípulo de Hermónimo escribía: « Tan pronto como tenga algún dinero compraré en primer lugar libros griegos y después ropa. »

Budeo y Erasmo ilustraban la erudición con sus trabajos y su gloria.

El colegio Trilingüe (1531) tenía cátedras de hebreo, de griego, de latín, de medicina, de matemáticas y de filosofía, y sus primeros maestros se llamaron Vatable, Turnebe y Lambin.

Época extraña y maravillosa, brillante y seductora, en que parece que la vida se decuplicaba en sensaciones tan múltiples y tan nuevas que se gastaba más rápidamente y debía ser más sensible que nunca el abandonarla.

La imprenta, la brújula, la pólvora, la antigüedad, el descubrimiento de América, el Oriente, el verdadero sistema del mundo, « todas aquellas fulgurantes luces convergen sus rayos sobre la Edad Media agonizante ». (Michelet.)

En 1450, descubre Gutenberg la imprenta con caracteres movibles, y los libros se difunden, inmediatamente después del descubrimiento de la fundición, en numerosos ejemplares. Este arte nuevo fué conocido y practicado en París once años después; de 1461 á 1500 se imprimieron más de setecientas cincuenta obras. Los poetas cantaron á la nueva musa hasta en griego:

Sobre estas páginas en letras de bronce, ha reconocido el dios de las Musas de la Grecia antigua los caracteres que en otro tiempo enseñó por vez primera, y dice á las Musas: ¿ qué esperamos? Volvamos á la vida. Grecia va á florecer de nuevo. Merced á la industria de Vulcano y á la sabiduría de Minerva, ha recibido el alma humana inmortal remedios para su flaqueza. La imprenta allana los gloriosos caminos del poeta como un don celeste desprendido de la eterna mansión de la verdad. Ved esas flores nuevas... Así dice Apolo, y presuroso por cumplir su promesa, las conduce á Italia. Júpiter lo permite, y aquellas brillantes hijas de la libertad, no tardaron en fijarse allí, echando de menos la divina morada de la Grecia.

La canción popular ha consagrado con sus homenajes significativos la hermosa y pacífica conquista que la humanidad hizo de esta suerte, y aun hoy se canta en Alemania:

Mit vier und zwanzig Bleisoldaten
Zog Gutenberg einst in das Feld.
Erobert hat er alle Staaten;
Heute dankel ihm die ganze Welt.

Con veinticuatro soldados de plomo, ha entrado Gutenberg en campaña. Ha conquistado todos los estados y el mundo entero le da las gracias.

Inventóse la imprenta en el momento mismo en que había mayor necesidad de ella. Sirvió para conservar, propagar y garantizar toda aquella biblioteca legada por un pasado lejano. Imprimióse en latín y en griego. Había que ser erudito para ser impresor. Los Dolet y los Étienne fueron prodigios de ciencia.

Si Francisco I no llegó á fundar la imprenta real, que data del tiempo de su sucesor, manifestó su admiración hacia este arte naciente y lo hizo ver haciendo fundir los hermosos caracteres de Garamond.

El Renacimiento francés se vió favorecido en su desarrollo y esplendor por el advenimiento de este rey, que parecía escogido para ser su más altivo campeón y paladín.

Francisco I encarnó el espíritu artístico é ilustrado del Renacimiento é iluminó á Francia. Bajo este protector de las bellas artes su patria estimó y amó á Italia, patria de la belleza y de la armonía.

Cuando subió al trono, las arcas del real tesoro rebosaban de oro en el Louvre. Luis XII, rey económico, gastaba poco y atesoraba mucho. El joven conde de Angulema pudo mostrarse pródigo, pues tenía con qué pagar.

En París fué bien recibido. Su rostro franco y jovial, su nariz arqueada y su barba fina, que servía de marco á una fisonomía despierta, le conquistaron inmediatamente las simpatías de la ciudad. El nuevo rey debía darle un lustre que le faltaba desde hacía largo tiempo. Fué una de las épocas más brillantes, gracias á las magnificencias de un

príncipe que hizo cuanto pudo por animar y engalanar su reino con el brillo de las fiestas que en él se celebraron y con la afluencia de los artistas á quienes llamó á su lado. Fué el reino de la elegancia, del lujo, de los torneos, de las cabalgatas, y de los bailes de trajes. Fué el Renacimiento con su entusiasmo, con su fausto, y con el cortejo de sus obras de arte.

El arte en Francia fué entonces una especie de encantamiento que no ha desaparecido aún y que se perpetúa en tantas obras duraderas y siempre admiradas.

Juan Cousin estudió con los italianos y creó la escuela francesa; por todas partes, cerca y lejos de París, surgían hermosas residencias, que no son ciertamente las menores manifestaciones de aquél arte exquisito é insensato, que creó edificios donde apenas era posible albergarse, pero que encantaban con el inútil lujo de la piedra y la maravillosa delicadeza de sus labores.

Filiberto Delorme creó á Anet, para Diana de Poitiers, en medio de un paisaje encantador entre pajareras y halconerías.

Aún admiramos hoy día en Villers-Coterets, cerca de la plaza de la Fontaine du Marché, detrás de la iglesia de puntiagudas torres, en el fondo de la casa de retiro para ancianos, lo que queda del castillo que hizo levantar Francisco I, en 1532, sobre el emplazamiento de una fortaleza feudal arruinada durante la guerra de cien años. Allí se edificaron Santiago y Gil le Bretón para hacer de Villers-Coterets uno de los castillos más amables y más graciosos. La gran escalera en que se halla tratada, con toda amplitud, la serie de emblemas usados bajo Francisco I; la pequeña escalera con sus artesones graciosamente esculpidos, y sobre todo la gran sala de los estados con sus cuarterones pacientemente trabajados, enguirnaldados y floridos, con una composición sabia y laboriosa, de risueño efecto, que hacen de este precioso vestigio una de las muestras más maravillosas de las obras maestras que inspiraron á nuestros artistas el estudio y la imitación del Renacimiento italiano.

Para comprender el Renacimiento, no basta leer, hay que ver. Hay que ir á Turena á contemplar esas maravillosas residencias que hacen constar el súbito florecimiento de un arte gracioso y desconocido después del período de arquitectura militar que fortificó los antiguos castillos hostiles, desconfiados y abruptos de la Edad Media. Á la ciencia de la defensa y de la fortificación sucedió el gusto de las habitaciones de recreo, engalanadas, amables, menos temerosas y más hospitalarias. Fué aquello como una especie de respiro y tregua, un florecimiento, una seguridad repentina y el arte y la paz se dan la mano y difunden sobre Francia el haz luminoso de los hermosos pensamientos y del genio creador.

Vemos á Chenonceaux que extiende á orillas del Cher la serie de sus bóvedas, puente monumental y suntuoso que sostiene orgullosamente su castillo flanqueado de cuatro elegantes torrecillas, su esbelta capilla, sus dos pisos de galerías, y sus techos, cuyos tragaluces son obras maestras de gracia elegante y de líneas armoniosas, en que se combinan las lentas curvas de los baluartes, los frisos derechos y las ambiciosas puntas de las espigas de piedra, que surgen entre las labradas chimeneas y los agudos conos de las techumbres, — evocando las felices inspiraciones de Diana de Poitiers y de Catalina de Médicis, auxiliadas por el admirable Filiberto Delorme.

Vemos á Chambord, donde emplearon su genio Dionisio Sourdeau, Pedro Trinquieu y Santiago Coqueau; Chambord, de efecto grandioso, imponente y real, con el desarrollo de sus cuatro fachadas, de ciento cincuenta metros de largo, sus cuatro gruesas torres angulares, la impresionadora simetría de sus ventanas de piedra, y el bosque encantador de sus linternas, chimeneas y esbeltos frontones coronados de flores y de amores. Es una de las más espléndidas creaciones que ha concebido la arquitectura moderna con su perfecto sentido de la proporción, de la armonía y del conjunto. Súbase sobre su techumbre, váguese entre las chimeneas monumentales, entre las linternas historiadas, esculpidas y adornadas con losanges de pizarra: diríase que es una aldea aérea con sus casas y sus calles á las que sólo faltan los nombres. Pero de cerca el efecto es pesado, desagradable y abrumador. Aquellas construcciones complejas no están destinadas á ser vistas de cerca. Mírense por el contrario desde abajo, desde alguna de aquellas largas y espléndidas avenidas que atraviesan las seis mil hectáreas de parque, y entonces aparecen aquellos techos, que semejan obras de hadas, en la plenitud de su arte, ligeros, graciosos, y recortando en el cielo las líneas caprichosas y adorablemente atormentadas de su silueta, cuyos agudos dientes se reflejan en el Cossón que baña sus pies.

Maravilla de príncipes, el castillo de Chambord tiene aspecto señorial y allí se muestra el genio de Francisco I, á la vez poderoso, orgulloso, pródigo y tan amable, elegante y cuidadoso de los detalles galantes, pues allí ha de recibir á las damas. Admírense las dos escaleras exteriores que repliegan en los ángulos de los patios sus ingeniosas espirales en las torrecillas con vidrieras esviadas; contempléense por todas partes sobre las inclinadas bóvedas los ochocientos artesones que ostentan la F real y la salamandra; admírese el esplendor brillante y arquitectónico de la gran linterna central; sigase el capricho de las arcaturas, de las columnitas, de las hornacinas en forma de concha, de las urnas de piedra que perfilan sus llamas en lo alto de los pareados pilares; obsérvese la magistral disposición de la doble escalera de la sala de Guardias; examínese á fondo la delicadeza de los arabescos